

Luciano Nosetto *

MAQUIAVELO Y LOS MATARREYES

Al abordar la evolución renacentista del concepto de dictadura, destaca Carl Schmitt la importancia de la teoría política de Nicolás Maquiavelo. Esta teoría política es descrita por Schmitt a partir de tres rasgos (Schmitt, 2007, pp. 36-45).

El primero de ellos es la tecnicidad: del mismo modo que los artistas del Renacimiento se afanan por resolver los problemas técnicos más que los estéticos, Maquiavelo se afana también por reflexionar sobre los medios técnicos de toda política, con indiferencia de los fines que se persigan en cada caso. Esta indiferencia respecto de los fines implica la subordinación de toda consideración religiosa y moral a las exigencias de la técnica política. De allí que Schmitt describa la enseñanza política de Maquiavelo como una teoría técnico-política.

Habla Schmitt en segundo lugar del racionalismo de la enseñanza de Maquiavelo: siendo que el príncipe debe lidiar con hombres racionales e irracionales, mal haría él en circunscribir su accionar a la razonable aplicación de la ley. Más bien, el actuar político debe saber combinar el empleo de las leyes con el recurso al engaño y la violencia. De este modo, Schmitt entiende que Maquiavelo propone desplegar

* Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (IIGG- FSOC-UBA)/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

una racionalidad ampliada: una racionalidad que no se limite al juicio avenimiento a las leyes, sino que, llegado el caso, pueda recurrir a la fuerza. Un recurso que, aunque reñido con las leyes, deberá con astucia revestirse de legalidad.

El tercer trazo que delinea Schmitt alude a lo que él llama ejecutividad: el accionar político debe estar en condiciones de disponer de las diversas partes de la ciudad y arbitrarlas como medios para garantizar el mantenimiento del poder. Para ello, el príncipe debe garantizar el libre curso de sus disposiciones, sin detenerse en el asentimiento de funcionarios ni en el consentimiento de magistrados ni notables: “dentro del ejecutivo, los órganos de ejecución tienen que someterse incondicionalmente al interés del funcionamiento técnico sin fricciones” (Schmitt, 2007, p. 43).

Conforme el cuadro delineado por Schmitt, la enseñanza de Maquiavelo apunta a saber cuándo es necesario sobreponer la técnica a la moralidad, el racionalismo a la legalidad y la ejecutividad a los consejos.

* *

El siglo que sucede a Maquiavelo se ve conmovido por la profundidad y el desparpajo de su enseñanza. De esta opinión es Michel Foucault, quien, haciendo gala del dramatismo que le es habitual, sostiene que Maquiavelo es al siglo XVI lo que Marx al siglo XX: es su pensamiento político el que azuza la polémica, divide las aguas y organiza el debate (Foucault, 2006, p. 285). Hay que decir, sin embargo, que, en el caso de Maquiavelo, las aguas no parecen dividirse de manera pareja. Más bien, el mil quinientos resulta una centuria atestada de textos antimaquiavélicos. Pareciera que quienes rechazan la enseñanza de Maquiavelo no tienen problema en aventar profusamente su rechazo, mientras que quienes aceptan esta enseñanza prefieren proceder en silencio.

En cualquier caso, este sonado antimaquiavelismo ambiente es manifiesto en el afán de la literatura política por volver a meter en caja al príncipe, es decir: por reencuadrarlo en el interior de un sistema de preceptos religiosos y morales, de leyes y pactos vinculantes, y de consejos que ningún mandatario debería desoír.

En estas intervenciones es posible identificar los tres niveles de discusión descritos por Schmitt. El primero de ellos remite a la relación entre la tecnicidad y el derecho divino y natural, es decir, al grado de autonomía que la técnica política puede alcanzar respecto de los preceptos religiosos y morales. El segundo de ellos atañe a la relación entre el racionalismo y la legalidad, es decir, al grado de autonomía

de la razón política respecto de las leyes y los pactos preexistentes. El tercer nivel refiere a la relación entre la ejecutividad y los consejos, es decir, al grado de autonomía del ejercicio del poder político en relación con la opinión de los poderes estamentales que ocupan las magistraturas, representaciones y funciones.

Hay quienes, en esta línea, sostienen que el monarca que prescinde del derecho divino y natural en aras de la técnica política, que desconoce las leyes y pactos preexistentes en virtud de consideraciones de racionalidad política, o que desoye el consejo de funcionarios y magistrados con vistas a la ejecutividad incurre en la tiranía. Ante esto, se considera legítimo articular una resistencia que, llegado el caso, incluya en su repertorio el asesinato del tirano.

El jurista escocés William Barclay acuñará el término “monarcómacos” para referirse a este conjunto de tratadistas que, en los últimos decenios del siglo XVI y los primeros del XVII, legitiman la resistencia ante monarquías abusivas, al punto de brindar justificación al asesinato de tiranos (Barclay, 1600, pp. 29 y ss.). En este conjunto de “matarreyes” suele reconocerse a tratadistas como el español Juan de Mariana (De Mariana, 1976), al escocés George Buchanan (Buchanan, 1766; Hill, 1980, pp. 159-164), el alemán Johannes Althusius (Althusius, 1990; Duso, 2015, pp. 73-77) y el francés François Hotman (Hotman, 2017; Foucault, 2000, pp. 113-119).

Precisamente en Francia, estas discusiones adquieren visos de urgencia y gravedad en ocasión de un acontecimiento histórico tremendo. En agosto de 1572 se inicia en París una ola de asesinatos a protestantes que se extenderá todo a lo largo de Francia, cobrándose decenas de miles de víctimas. La masacre de San Bartolomé pone abrupto fin a la tregua obtenida por el rey Carlos IX y su madre Catalina de Medici tras la tercera guerra religiosa entre católicos y protestantes franceses, conocidos como hugonotes. Bajo el reinado de Carlos, hugonotes y católicos ensayan un acercamiento, que incluye la participación de consejeros protestantes en la corte y la administración reales. Pero no son pocos quienes presienten que estos arreglos no terminarán bien. Es que, lejos de distender la relación entre unos y otros, este acercamiento acaba por azuzar los celos mutuos y las sospechas de una avanzada del partido protestante en el gobierno. Los acontecimientos se precipitan cuando el intento de asesinato de un consejero real hugonote genera indignación entre los cortesanos protestantes y temor entre los católicos ante un alzamiento inminente. La matanza de hugonotes comienza en las puertas del Louvre la noche del 23 de agosto de 1572 y se extiende durante meses todo a lo largo de Francia (Skinner, 1978, pp. 241-244).

Esta violencia política de los '70 da lugar a una profusión de panfletos y tratados. En esta década se imprimen dos obras que tendrán una considerable impacto en el momento de su publicación y que estarán llamadas a trascender su contexto histórico concreto. Se trata de *El discurso de la servidumbre voluntaria* de Étienne de la Boétie y los *Seis libros de la república* de Jean Bodin. Pertenecen también a esta década dos tratados comparativamente menores en términos de su trascendencia, pero relevantes en la discusión epocal: ambos identificados con la corriente monarcómaca. Se trata de la *Francogalia* del ya mencionado François Hotman y un panfleto titulado *Vindiciae contra tyrannos*, firmado con el seudónimo de Stephanus Junius Brutus.

Este último panfleto es publicado en latín a fines del '70 y traducido al francés en poco menos de un año. Muy pronto adquiere amplia circulación y resonancia, lo que lo constituye en una de las piezas más salientes de la literatura monarcómaca. No debe sorprender que, conforme la usanza de la época, el prefacio de este libro inicie estableciendo que las cuestiones desarrolladas de esta obra “son diametralmente opuestas a las malas artes, perversos consejos y doctrinas falsas y funestas de Nicolás Maquiavelo” (Brutus, 2008, p. 9). En este caso, como en tantos otros, es Maquiavelo quien azuza la polémica, divide las aguas y organiza el debate.

* * *

Interesa en lo que sigue brindar una sinopsis del contrapunto entre las *Vindiciae contra tyrannos* y la enseñanza política de Maquiavelo. A efectos sinópticos, articularé una serie de proposiciones contrapuestas, que permitirán ganar claridad sobre el núcleo antimachiavélico de este panfleto monarcómico. Estas proposiciones pretenden condensar cuál es la comprensión contrapuesta que Maquiavelo, por un lado, y los matarreyes, por otro, tienen del vínculo entre el príncipe, los grandes y el pueblo. Anticipo que, en todos los casos, estas proposiciones se articularán en términos de “deber”: un deber que, en monarcómacos, es precepto teórico-normativo y, en Maquiavelo, es máxima de actuar técnico-política.

Ejercicios como el que aquí se introduce pueden contribuir al conocimiento de la teoría política de la temprana modernidad, recuperando una literatura monarcómaca, muy relevante en su época, pero corrida del centro de lo que hoy consideramos la teoría política canónica. Estos ejercicios pueden contribuir también a sondear la profundidad del pensamiento político de Maquiavelo, siguiendo el rastro de sus objetos, a efectos de captar los elementos más abisales de su enseñanza.

1° PROPOSICIÓN MAQUIAVELIANA: EL PRÍNCIPE DEBE MANTENERSE A DISTANCIA DE LOS GRANDES.

No es gravoso conceder que la reflexión política de Maquiavelo distingue, en sus trazos más generales, tres figuras: la del príncipe, la de los grandes (a los que se alude alternativamente como *i grandi* o *i pochi*) y la del pueblo (que recibe las denominaciones de *popolo* o *populo*, cuando no las de *i molti*, *l'universale*). Ahora bien, en este trazado, el príncipe no es descrito como un grande entre los grandes, ni como un *primus inter pares*. Más bien, entre el príncipe y los grandes parece establecerse una distinción caracterológica y una dinámica política que merece ser atendida.

Empecemos por considerar el carácter de los grandes. Eugenia Mattei ofrece una reconstrucción de las pasiones y deseos que Maquiavelo les atribuye. Entre las pasiones frecuentemente observadas en los grandes, Maquiavelo señala la ambición, la avaricia y la insolencia (Mattei, 2017, pp. 56-57). En cierta medida, estas pasiones pueden asociarse con el particular modo de temer que tienen los grandes. Si el temor es una pasión que alcanza a todos los hombres, quienes cuentan con riquezas y honores experimentan esta pasión de un modo particular. Es que el temor a perder lo que se tiene incita al deseo de obtener más (Mattei, 2018, p. 136). De allí que la ambición de bienes y honores sea particularmente intensa en los grandes, azuzando en ellos una disposición avara respecto de sus riquezas e insolente en la ostentación de sus honores. Estas pasiones redundan en el humor que Maquiavelo reconoce como propio de los grandes, a saber: el deseo de dominar.

De esta caracterización, deriva una dinámica específica: si los grandes están movidos por el deseo de dominar, es esperable que las conjuraciones contra el príncipe provengan de sus filas. Agrava el panorama principesco el hecho de que, por su posición en la ciudad, los grandes tengan fácil acceso al príncipe. Ante esto, enseña Maquiavelo que el príncipe que pretenda ahogar las conjuras de los grandes deberá ganarse el favor del pueblo. Si el príncipe no es odiado por su pueblo, y más aún, si el pueblo experimenta algo de satisfacción en su principado, los grandes encontrarán mayores dificultades en preparar una conspiración que cuente con los apoyos suficientes, pero que no revele sus intenciones a quienes podrían anticipárselas al príncipe (Bignotto, 2021, pp. 64-65, 74). De allí que un pueblo satisfecho sea el mejor remedio contra las conjuraciones (Mattei, 2018, p. 55). A resultas de esta caracterización y esta dinámica política, conviene al príncipe mantenerse a distancia de los grandes y sus tramoyas: toma de distancia respecto de los grandes que parece requerir el recurso al favor del pueblo.

1º PROPOSICIÓN MONARCÓMACA: EL PRÍNCIPE DEBE MANTENERSE AL ALCANCE DE LOS GRANDES.

En sus aireadas invectivas *contra tyrannos*, Stephanus Junius Brutus insiste en denunciar a los príncipes que se colocan por encima del derecho divino y natural, más allá de las leyes y los pactos preexistentes, o de espaldas a los consejos de magistrados y notables. Contra esto, se articula una teoría normativa que coloca la fuente del poder real en el nombramiento popular: “ya que nunca nadie nace rey [con la corona en la cabeza y el cetro en la mano] y nadie puede ser rey por sí mismo ni reinar sin un pueblo, y que por el contrario el pueblo puede ser pueblo por sí mismo, y que es anterior al rey en el tiempo, es cosa muy cierta que todos los reyes fueron primero nombrados por el pueblo” (Brutus, 2008, p. 85). Conforme esta teoría, todo pueblo se constituye a partir de su pacto con Dios. La conformación del poder real sucede mediante un segundo pacto, subordinado al primero, en virtud del cual los magistrados del pueblo invisten al monarca, otorgándole el cetro y la diadema, y exigiéndole que se avenga al derecho divino y natural que lo preexiste: “Así pues, ya que los reyes son nombrados por el pueblo, parece deducirse de ello que el conjunto del pueblo está por encima del rey” (Brutus, 2008, p. 86).

De este modo, el autor de las *Vindiciae*... pone en marcha una operación teórico-política consistente en meter en caja al príncipe, esto es: en resitararlo al interior de un sistema de derechos, obligaciones y dependencias respecto de los magistrados del pueblo. Si la teoría técnico-política de Maquiavelo recomienda al príncipe tomar distancia de los grandes, desconociendo cuando necesario la palabra empeñada y desoyendo cuando convenga sus opiniones y consejos, la teoría política monarcómaca identificará en este distanciamiento los rasgos de la tiranía.

Esta operación primera resulta comprensible si es paralelizada con una segunda operación de los matarreyes, consistente en la desactivación política del pueblo.

2º PROPOSICIÓN MONARCÓMACA: EL PUEBLO DEBE MANTENERSE AL CUIDADO DE LOS GRANDES.

Si el panfleto monarcómaco se permite sostener que “el pueblo está por encima del rey”, no es porque los matarreyes cultiven una disposición democrática irrestricta. Bien al contrario, al momento de describir el *demos*, la literatura monarcómaca recurre a la tradicional figura de la “bestia de innumerables cabezas”, esto es: a la imagen de una multitud desenfrenada que no sabe cuidar de sí. Para su bien, el pueblo encuentra su tutela y cuidado en los grandes. “La república no está encomendada a los individuos o particulares, sino que, por el

contrario, estos -como si fueran sus pupilos- están confiados al cuidado de los notables y magistrados” (Brutus, 2008, p. 189).

Estas precisiones resultan de especial importancia al momento de evaluar a quiénes toca decidir si el monarca ha devenido un tirano, tanto como a quiénes toca actuar para resistir su tiranía. Precisan las *Vindiciae*... que, “cuando hablamos de todo el pueblo, entendemos por esta palabra aquellos que ejercen la autoridad del pueblo, a saber, los magistrados inferiores al rey, elegidos por el pueblo o nombrados de otra forma como copartícipes del poder y éforos de los reyes, que representan al conjunto”. De este modo, si el pueblo en sentido lato es colocado por encima del rey, el pueblo en sentido estricto queda colocado por debajo de los grandes. “Concluyamos, pues, que todo el pueblo, siguiendo a quienes tienen en sus manos la autoridad del mismo, o la mayoría de ellos, puede y debe reprimir al príncipe que ordena cosas injustas o que prohíbe las justas” (Brutus, 2008, p. 69).

De este modo, la insistencia de los monarcómacos con poner en caja al príncipe corre paralela a su insistencia con poner en caja al pueblo. Esto es decir que, si el príncipe debe subordinarse al pueblo, por pueblo no debe tenerse a la masa indiferenciada de los individuos, sino a los grandes que lo representan. A efectos de que la teoría política monarcómaca resulte operativa, la sumisión del príncipe a los grandes debe completarse con la sumisión a los grandes de parte del pueblo. No carece de significación que, respecto de esta segunda operación, la enseñanza de Maquiavelo funja también de contrapunto.

2° PROPOSICIÓN MAQUIAVELIANA: EL PUEBLO DEBE MANTENERSE A DISTANCIA DE LOS GRANDES.

Es que, conforme la caracterología maquiaveliana, lejos de tutelar y proteger al pueblo, los grandes se traban en antagonismo con él. Hemos visto ya cómo el equipamiento pasional de los grandes (compuesto centralmente de avaricia, ambición e insolencia) se conjuga con su humor elemental, que es el afán de dominación.

Ahora bien, en sus múltiples caracterizaciones del *pathos* popular, Maquiavelo identifica una variedad de pasiones contradictorias, entre las que se cuentan el amor y el odio, la ambición y el miedo, la gratitud y el resentimiento... Antes de perdersen en esta maraña de pasiones, podemos buscar orientación en la guía provista por las lecturas que Eugenia Mattei hace de *El príncipe* y los *Discursos*... (Mattei, 2017, pp. 45-85; 2018, pp. 113-140). Gracias a estas lecturas, esta caracterización múltiple y, en apariencia, caótica, puede ordenarse a partir del juego relacional que el pueblo traba con el príncipe y los grandes. Es que, conforme la orientación provista por Mattei, más que un *pathos* natural en el pueblo, Maquiavelo llama a identificar

una rica dinámica pasional, definida por los modos en que el pueblo se vincula con el príncipe y con los grandes. En este segundo caso, si el deseo de dominar es el deseo preeminente de los grandes, a éste se contrapone de manera igualmente preeminente el deseo del pueblo de no ser dominado, es decir: su deseo de libertad.

A resultas de esto, podemos sostener que, entre los grandes y el pueblo, se traba una relación de estricto antagonismo (Laclau y Mouffe, 2004, pp. 164 y ss.). Es que allí donde los grandes prosperan, lo hacen a costa del pueblo, es decir: de su deseo de libertad. Y allí donde el pueblo prospera, no puede hacerlo sino a costa de los grandes, es decir, de su deseo de dominio.

3° PROPOSICIÓN MONARCÓMACA: EL PUEBLO DEBE MANTENERSE A DISTANCIA DEL PRÍNCIPE.

Contra esta caracterización antinobiliaria, la literatura monarcómica sostendrá que, en realidad, es el tirano quien pretende dominar a todos los que pueda: no es de los magistrados ni éforos, sino de los príncipes de quienes cabe esperar que surjan los abusos que ahogan toda posible participación y libertad del pueblo.

Precisamente, las *Vindiciae*... identifican la aversión de los tiranos a la reunión y participación populares: “El tirano hace todo lo que puede para evitar o anular toda reunión pública, teme la convocatoria de los estados, a las asambleas, los parlamentos o dietas”. Allí donde el tirano no puede evitar las reuniones y asambleas, se ocupa de infiltrarlas y corromperlas “mediante intrigas y malas artes” que arruinan toda deliberación libre. En esto, la tiranía no se distingue de la demagogia ni la olocracia: el pueblo, privado de la guía de sus representantes eminentes, termina entregado a la manipulación del tirano (Brutus, 2008, pp. 165-166).

Estas estratagemas demagógicas se completan con los esfuerzos del tirano por hacerse del favor del pueblo, sobornándolo con prestaciones materiales: “Si el tirano permite a veces distribuir carne al pueblo, es para arrancarle las entrañas con mayor facilidad y después hacérselas comer” (Brutus, 2008, p. 164). A resultas de esta caracterización, la teoría política monarcómica concluye que, si el pueblo ha de ser libre, habrá de serlo a distancia del príncipe. La única manera de no quedar expuestos a la manipulación del príncipe es contar con la mediación y el auxilio de los grandes.

En este punto, cabría esperar que la tesis monarcómica sea el contrapunto de un llamado maquiavélico a anular la distancia entre el príncipe y el pueblo. Sin embargo, la caracterización que Maquiavelo ofrece de la relación entre el príncipe y el pueblo resulta más sutil en determinaciones.

3° PROPOSICIÓN MAQUIAVELIANA: EL PRÍNCIPE DEBE MANTENERSE A DISTANCIA DEL PUEBLO.

Es que, conforme la caracterización de Maquiavelo, la distancia entre el príncipe y el pueblo está plagada de componentes gnoseológicos, pasionales y desiderativos que hacen de la relación entre ambos un vínculo ambivalente.

En primer lugar, resulta destacable el aspecto gnoseológico del pueblo en su relación con el príncipe. No deja de resultar significativo que, en su dedicatoria a Lorenzo de Medici, *El príncipe* consigne que “para conocer bien la naturaleza de los pueblos, es necesario ser príncipe, y para conocer la de los príncipes, conviene ser popular” (Maquiavelo, 2012). Ciertamente es que este pasaje puede despacharse como una doble adulación, de compromiso, que espeja el elogio de la sabiduría “príncipesca” de Medici con el elogio de la sabiduría “popular” del propio Maquiavelo. Más allá de esta lectura superficial, pero no por ello incorrecta, también es cierto que Maquiavelo reconoce que el “ser popular” es capaz de un saber específico. Esta gnoseología popular reaparece allí donde Maquiavelo reconoce que, si bien el pueblo puede ser engañado, también puede conocer la verdad y disolver los engaños. Reaparece también allí donde se atribuye al pueblo la capacidad del cálculo de los bienes futuros, que da lugar a la esperanza, así como de los beneficios recibidos, que da lugar a la gratitud (Mattei, 2017, pp. 47-48; 2018: 121-124). Tanto en los *Discursos...* como en *El príncipe*, el pueblo aparece reiteradas veces como un actor capaz de observar y conocer a sus magistrados, de distinguir franqueza de engaño, y de calcular beneficios y perjuicios.

El reconocimiento de esta racionalidad popular no está reñido con la identificación de la multiplicidad de pasiones que censamos ya, en ocasión de nuestra segunda proposición maquiaveliana. Interesante en este punto es señalar que el humor propio del pueblo, esto es: su deseo de no ser dominado, lo pone a distancia tanto de la ambición de los grandes como de la del príncipe. Ahora bien, en su relación con el pueblo, el príncipe debe atender a este permanente recelo popular, activando otros deseos que permitan reasegurar el vínculo. Aquí es donde entran en juego las reflexiones maquiavelianas sobre lo imperioso que es no granjearse el odio popular, sobre lo excepcionalmente difícil que es ser amado por el pueblo y sobre lo delicado que resulta, en todo caso, administrar su temor. Amor, odio y temor aparecen como tres componentes pasionales relevantísimos para pensar el vínculo entre el pueblo y su príncipe.

En lo que hace al amor del pueblo, Maquiavelo reconoce la gratitud y la confianza que de él derivan, pero advierte sobre la inestabilidad de estos sentimientos, siempre prontos a derivar en desprecio y

desobediencia. Es que, si los hombres fueran buenos o actuaran siempre bien, el amor constituiría el reaseguro imprescriptible de todo vínculo político. Pero, dada la maldad inherente en el hombre, conviene no fiarse del amor (Mattei, 2017, p. 53; 2018, pp. 130, 134-135). En esta línea de reflexiones, observa Maquiavelo que “la mayoría de las veces es más seguido y obedecido quien se hace temer que quien se hace amar” (Maquiavelo, 2000, p. 380).

A este respecto, sugiere Mattei la posibilidad de distinguir en Maquiavelo dos sentidos del “amor”: uno de ellos, narcisista, que alude a la plena identificación y que apunta a una fusión íntima del pueblo con la imagen de su líder; el otro, platónico, que podría ser pensado como un amor a la distancia, que implica una seducción siempre renovada y que jamás se consuma plenamente (Mattei, 2017, p. 79). De seguir la distinción propuesta por Mattei, podríamos identificar en las reflexiones maquiavelianas la advertencia respecto de la inestabilidad del amor narcisista y la conveniencia de procurar con el pueblo un vínculo afectivo pero distante.

Considerados los aspectos gnoseológicos, pasionales y desiderativos del vínculo entre el príncipe y el pueblo, podemos concluir que, si entre el pueblo y los grandes Maquiavelo permite identificar un estricto antagonismo, entre el pueblo y el príncipe es posible reconocer una afinidad, pero también una distancia. Es que, tal como vimos, sin el favor del pueblo, el príncipe queda expuesto a la conjura de los grandes. Pero, a su vez, de arrojar a la búsqueda del amor del pueblo, el príncipe queda expuesto a la reversibilidad del sentir popular, por lo que conviene mantenerse a distancia.

* * * *

Este capítulo concluye sosteniendo que, con Maquiavelo, los grandes sufren una doble expropiación. Expropiación, primero, de su ascendencia sobre el príncipe. Expropiación, segundo, de su tutela sobre el pueblo. De allí que resulte comprensible el aborrecimiento de los representantes estamentales hacia Maquiavelo.

De este género es la literatura monarcómaca en general y las *Vindiciae contra tyrannos* en particular. Contra la doble expropiación de los grandes conducida por Maquiavelo, los matarreyes llaman a resituar al príncipe en un sistema de derechos, obligaciones y dependencias que lo subordinan a los poderes estamentales. Pero este llamado monarcómaco no sería completo si no se redoblara en el llamado a resituar al pueblo en el mismo sistema de derechos, obligaciones y dependencias, que lo vuelven el sujeto inactivo de las resoluciones que, en nombre de ellos, toman los representantes estamentales.

Maquiavelo y matarreyes ofrecen así teorías políticas contrapuestas respecto del vínculo entre el príncipe, los grandes y el pueblo. Y esta contraposición redundante en dos comprensiones igualmente contrapuestas respecto de la *res publica*. Si el republicanismo estamental de los matarreyes se revela como el proyecto de los grandes de acabar con todo liderazgo que no controlen y con toda política popular que no manejen, el republicanismo de Maquiavelo se revela como el proyecto de calibrar los deseos, pasiones y razones del príncipe, de los grandes y del pueblo, manteniéndolos a distancia unos de otros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusius, Johannes (1990). *La política metódicamente concebida e ilustrada con ejemplos sagrados y profanos*. Centro de Estudios Constituciones.
- Barclay, William (1600). *De regno et de regali potestate*. Guillaume Chaudière. Bignotto, Newton (2021). *Golpe de Estado. História de uma ideia*. Bazar do Tempo.
- Brutus, Stephanus Junio (2008). *Vindiciae contra tyrannos*. Tecnos. Buchanan, G. (1766). *De jure regni apud Scotos*. Andrew Steuart.
- De Mariana, Juan (1976). *Del rey y la institución real*. Madrid.
- Duso, Giuseppe (2015). *La representación política*. San Martín, UNSAM.
- Foucault, Michel (2000). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.
- Hotman, François (2017). *Francogalia o la Galia francesa*. Madrid, Dykinson.
- Hill, Christopher (1980). *Los orígenes intelectuales de la revolución inglesa*. Crítica.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Maquiavelo, Nicolás (2000). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Alianza.
- Maquiavelo, Nicolás (2012). *El príncipe*. Buenos Aires, Colihue.
- Mattei, Eugenia. (2017). *El pueblo entre príncipes: una lectura de Il principe de Nicolás Maquiavelo*. *Post-Data* Vol. 22, (1), pp. 45-85